



EL VÍA CRUCIS

El **vía crucis**, que también se le conoce como las estaciones de la cruz, son las diferentes etapas que vivió Jesucristo desde que fue capturado hasta su crucifixión y posterior sepultura.

Está representado en catorce estaciones diferentes, que narran las diferentes vivencias que tuvo Jesús en su camino hacia su muerte.

Esta **Vía dolorosa**, como también se le conoce, es un acto de piedad, en el que se busca la **meditación** por medio de la **oración**, recordando la pasión y muerte de

Jesucristo, quién dio su vida para salvar la humanidad a través de la resurrección.

El **vía crucis** es una devoción al sacrificio realizado por nuestro Señor Jesucristo en la cruz del calvario. En primer lugar, para salvar nuestras almas de una eternidad lejos de él. En segundo lugar, a través del vía crucis podemos meditar en la pasión de Cristo. Y al mismo tiempo, orar, rezar y pedir perdón por cada uno de nuestros pecados y nuestras ofensas, creyendo que Dios nos dará ese perdón a través de Jesucristo.



obrando de acuerdo con los mandamientos de Dios.

Vamos a hacer algunas **breves reflexiones** sobre cada una de las trece estaciones, aunque recomendamos leer con calma y piedad todos los textos que conforman el Vía Crucis.

Primera Estación: Jesús es condenado a muerte. Jesús está solo. Quedan muy lejos aquellos días en que la Palabra del Hombre-Dios ponía luz y esperanza en los corazones, aquellas largas procesiones de enfermos que eran curados... Si los hombres hubieran querido dar otro curso al amor de Dios.

Antes de **realizar el vía crucis**, es necesario tener disposición, fe y seguridad en Jesucristo. Creyendo que cada oración llega delante de Dios y es respondida.

¿Señor, dónde están tus amigos? Te han dejado. Huimos todos de la Cruz, de tu santa Cruz.

Consiste en pasar por cada una de las estaciones del camino a la cruz. Y en cada estación, debemos detenernos durante algunos minutos para meditar sobre la crucifixión de Jesucristo, su sufrimiento, amor y su resurrección a través de la cual nos da la vida eterna.

Segunda Estación: Jesús carga la cruz. Jesús se entrega inerte a la ejecución de la condena. ¿No es verdad que en cuanto dejas de tener miedo a la Cruz, a eso que la gente llama Cruz, cuando pones tu voluntad en aceptar la Voluntad divina, eres feliz y se pasan todas las preocupaciones, los sufrimientos físicos o morales? **Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz de cada día y sígame.**

Es un momento muy espiritual en el que nuestros cuerpos, almas y espíritus son purificados con el Amor de Dios y renovados a través de la sangre preciosa de Jesús, su hijo. Se trata de un momento emotivo en el que podemos reflexionar sobre nuestra forma de vida y recapacitar en aquellas cosas en las que no estamos

Tercera Estación: Jesús cae por primera vez. El Maestro bueno, Jesús, que vino al encuentro de los que estábamos lejos, lo llevan al patíbulo. Has de decidirte a seguir el camino de la entrega: la Cruz a cuestas,

con una sonrisa en tus labios, con una luz en tu alma. Ahora ya sabemos por qué pesa tanto la Cruz de Jesús. Del fondo de nuestro alma nace un acto de contrición verdadera. Jesús ha caído para que nosotros nos levantemos.

Cuarta Estación: Jesús encuentra a su madre María. Con inmenso amor mira María a Jesús, y Jesús mira a su Madre. El alma de María queda anegada en amargura. De la mano de María, tú y yo queremos también consolar a Jesús, aceptando siempre y todo la Voluntad de su Padre. El Señor y su Madre no nos dejan y, siempre que sea necesario, se harán presentes para llenar de paz y de seguridad el corazón de los suyos.

Quinta Estación: Simón el Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz. Jesús está extenuado. La soldadesca tiene prisa y por ello requieren a un hombre llamado Simón para que lleve la Cruz de Cristo. A Jesús le basta una sonrisa, una palabra, un gesto, un poco de amor para derramar su gracia sobre el alma de su amigo. Aprende a mortificar tus caprichos. Acepta la contrariedad sin exagerarla, y harás más ligera la Cruz de Jesús.

Sexta Estación: Verónica limpia el rostro de Jesús. Una mujer se abre paso entre la muchedumbre, llevando un lienzo blanco plegado, con el que limpia piadosamente el rostro de Jesús. El Señor deja grabada su Santa Faz en las tres partes de este velo. Nuestros pecados fueron la causa de la Pasión, de aquella tortura que deformaba el semblante amabilísimo de Jesús. Cuando los cristianos lo pasamos mal es porque no damos a esta vida todo su sentido divino.

Séptima Estación: Jesús cae por segunda vez. La debilidad del cuerpo y la amargura del alma han hecho que Jesús caiga de nuevo. Todos los pecados de los hombres pesan sobre su Humanidad Santísima. Solo esa contrición y esa humildad transformarán nuestra flaqueza humana en fortaleza divina. Refúgiate en la filiación divina: Dios es tu Padre amantísimo. *Señor Dios mío, en tus manos abandono mi pasado y lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno. Y quédate tranquilo.*

Octava Estación: Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén. Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos. La Cruz de Cristo es callar, perdonar y rezar por unos y por otros, para que todos alcancen la paz. El Maestro te enseñará cómo dar sentido sobrenatural a tus acciones. Si amas al Señor no habrá criatura que no encuentre sitio en tu corazón.

Novena Estación: Jesús cae por tercera vez. No se sostiene en pie, le faltan las fuerzas y yace agotado en tierra. Todos contra Él, María llora. El Señor sabe que, cuando nos sentimos flojos, nos acercamos a Él, rezamos mejor, nos mortificamos más. Así nos hacemos santos. No olvides que el espíritu de penitencia está principalmente en cumplir, cueste lo que cueste, el deber de cada instante.

Décima Estación: Jesús es despojado de sus vestiduras. Desde la planta de los pies hasta la cabeza, no hay nada sano en él. Los verdugos toman sus vestidos y los dividen en cuatro partes, pero la túnica es sin costura, por lo que dicen: no la dividamos, más echemos a suertes para ver de quién será. Es el expolio, el despojo, la pobreza más absoluta. Nada le ha quedado al Señor más



que un madero. Para subir a la cruz hay que tener el corazón libre, desasido de las cosas de la tierra.

Undécima Estación: Jesús es clavado en la cruz.

Ahora crucifican al Señor, y junto a Él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Es el Amor lo que ha llevado a Jesús al Calvario. Antes de empezar a trabajar, pon sobre tu mesa o junto a los útiles de tu labor, un crucifijo. De cuando en cuando, échale una mirada, en sus ojos hallarás la fuerza para proseguir en tu empeño. Es crucifijo es todo: tu Padre, tu Hermano, tu Amigo y el Amor de tus amores.

Duodécima Estación: Jesús muere en la cruz.

Junto a la cruz está su Madre, María, con otras santas mujeres. Jesús la mira y mira después al discípulo que Él ama y dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo y luego dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Se apaga la luminaria del cielo y la tierra queda sumida en tinieblas. Son cerca de las tres cuando Jesús exclama:

Dios mío, Dios mío, ¿ por qué me has abandonado?

Decimotercera Estación: Jesús es descendido de la cruz y puesto en brazos de María, su madre.

¿A dónde fue tu amado, oh la más hermosa de las mujeres? ¿A dónde se marchó el que tú quieres y le buscaremos contigo? La Virgen Santísima es nuestra Madre y no podemos ni debemos dejarla sola.

Decimocuarta Estación: Jesús es sepultado.

Muy cerca del Calvario, en un huerto, José de Arimatea se había hecho labrar en la roca un sepulcro nuevo. Ponen a Jesús allí. Ya ha pasado todo. Se ha cumplido la obra de nuestra Redención. Ya somos hijos de Dios porque Jesús ha muerto por nosotros y su muerte nos ha rescatado. Dar la vida por los demás, solo así se vive la vida de Jesucristo y nos hacemos una misma cosa con Él.

Textos basados en el Vía Crucis de San Josemaría Escrivá de Balaguer

¡SAN JOSÉ, MI PADRE Y SEÑOR!



La Iglesia entera reconoce en San José a su protector y patrono. A lo largo de los siglos se ha hablado de él, subrayando diversos aspectos de su vida, continuamente fiel a la misión que Dios le había confiado. Por eso me gusta invocarle con un título entrañable: Nuestro Padre y Señor (San Josemaría).

San José, mi Padre y Señor, llama la atención la facilidad con la que reconoces y asientes a la **Voluntad de Dios**. Quizá el secreto de tu **fe** y de tu obediencia está en las palabras del Evangelio: *Era justo*. Justo, en el lenguaje de la Escritura, es el hombre que, de todo corazón, quiere conocer y hacer la voluntad de Dios.

San José, mi Padre y Señor: Siempre he oído que, con su nacimiento en un establo, Jesús quiere enseñarnos, desde el primer instante, a amar la **pobreza**. Dios, Creador y Señor del universo, Rey de reyes y Señor de señores, ¿se hace hombre y tiene por cuna un pesebre! Jesús, María y tú vivisteis siempre gozosos esa virtud que nos da el título de personas libres. **Tú, que eres maestro de todas las virtudes**, enséñame y ayúdame a ser pobre de verdad. La pobreza es, antes de nada, pobreza de espíritu y consiste en reconocer sinceramente que **sin Dios no somos nada, no podemos nada y no tenemos nada**.

San José, mi Padre y Señor: Al huir a Egipto os convertisteis en inmigrantes. Un largo viaje, muchas horas de camino e incertidumbre al no saber qué os esperaba al día siguiente, pero con la seguridad de **estar en las manos de Dios**. Nunca dejasteis de ser felices, nunca perdisteis la paz que da obedecer a Dios, porque **el secreto de la felicidad en la tierra es amar la Voluntad de Dios y confiar absolutamente en Él**. Pase lo que pase. Lo que Él dispone es lo mejor para nosotros.

San José, mi Padre y Señor: ¡Eres **humilde**! El centro de atención de tu hogar se llama Jesús. Después está María. Y tú te consideras un privilegiado por poder amar y servir a los dos, permaneciendo siempre en un segundo plano. La **humildad** es la condición de todas las virtudes. Es aceptar la verdad sobre nosotros mismos y vivir de acuerdo con esa medida exacta de la verdad: eres criatura y dependemos absolutamente de nuestro Creador y también de los demás para muchas cosas. A la vez nos sabemos Hijos de Dios, que es lo más grande que el hombre puede ser.

Todos podemos aprender mucho de San José:

Los **jóvenes** que esperan descubrir el amor de verdad.

Los **padres** de familia que quieren ser fieles y educar bien a sus hijos.

Los **trabajadores** que pretenden convertir su labor profesional en un servicio a los demás.

Los que tienen que vivir lejos de su patria.

Los que quieren tratar con confianza al Señor y a la Virgen.

Los que desean responder con generosidad a su vocación.

Los que se desconciertan ante los planes de Dios.

Y los que, cuando llegue el momento de dejar esta vida, queremos morir en los brazos de Jesús y María.



Colegio
Montessori

Calle Rafael Lapesa 1
37004 Salamanca

www.montessorisalamanca.net